

# La trama no es el territorio. Crónica de una excursión a “La Pintada”



Roberto Tambornino

*La percepción de nuestro entorno está teñida de apreciaciones subjetivas con las que construimos un entramado particular. Cuando esas vivencias son narradas, la palabra se transforma en testimonio y con ella, la tradición oral, una fuente de conocimiento inagotable. Este es el relato de alguien que con gran sensibilidad por lo antiguo transcribe para nosotros sencillamente una experiencia para pensar en nuestras raíces autóctonas.*

**R**elato de Pepe Chiclana, maestro cordillerano, que revela aspectos del comportamiento social, relaciones laborales y familiares de una comunidad indígena (año 1998).

Una casa de adobe enclavada en la cordillera, una familia con tres hijas y una pequeña ventana en dirección al Noroeste ofrece, como una pantalla de televisor, un continuo documental de las evoluciones estacionales del volcán Lanín. No se trata de un simple inventario de objetos y personas. Es la vida misma que, dueña de un conocimiento transferible, lo ejecuta aún en las condiciones más precarias. La familia de Pepe y Marta, maestros cordilleranos son los encargados de cumplir ese mandato.

Las niñas, acompañadas por nuestros hijos, han aprendido a moverse ágiles por la montaña y a montar en pelo mansos caballos bajo la supervisión de atentos paisanitos con los que establecen genuina amistad. Los niños se adaptan con facilidad a tan libre y singular estilo de vida.

Esta relación del hombre con la naturaleza, sino es examinada en toda su complejidad, desorienta al observador ocasional que confunde el significado de *vida en libertad* con el de *vida salvaje*. Cada cultura



1. Pampa del Malleo, Neuquén.

vive con un concepto de libertad que le es propio y se expresa según su historia, sus modos de vida, sus costumbres, sus mitos.

La casa de adobe es un genuino espacio de libertad. Ubicada frente a la escuela Mamá Margarita se reconoce como un lugar que ofrece tibio refugio, acertados consejos o una urgente ayuda sanitaria. En ese cálido hogar, vecino a la Escuela, encontré el ansiado lugar de descanso y la contención de las emociones vividas, al finalizar los tres días con sus noches de participación en la Ceremonia religiosa anual para la cual fui un invitado de privilegio.

Doña Domitila, anciana sabia que evapora todo intento de comunicación en cuanto alguien pretenda hablarle, acompañada en



2. Casa de Lorenzo Paineofilú.

su cotidiano recorrido por las niñas que la sucederán en el mantenimiento de la pureza de la lengua, nos dejó el más hermoso de los regalos: el registro sonoro de dos emotivos Täiel (canto sagrado).

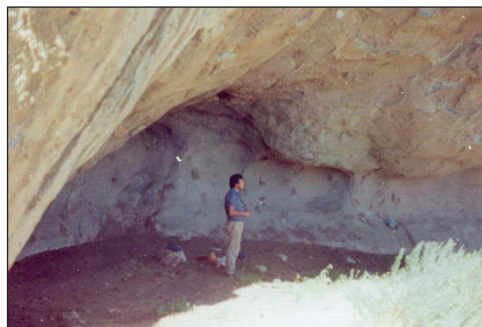
La conflictiva escuela tiene nuevos responsables, desde hace poco tiempo son los líderes indígenas quienes establecen los lineamientos de la política educativa que los ayude a posicionarse en la compleja realidad social que comparten con el huinca. Se encuentran en la difícil tarea de acordar finalidades, métodos y contenidos de la escuela propia, antes pensada por y para el blanco, hoy recién nacida a una nueva vida.

Al fin dueños singulares de la tierra de sus ancestros en un mar de incertidumbre intentan reacomodar sus vidas.

## Una minúscula expedición

Gracias a las horas compartidas buscando nuevos caminos para recorrer viejos problemas creció mi amistad con el Cacique Lorenzo Paineofilú. Le manifesté mi interés por conocer una cueva situada en su territorio con pinturas rupestres conocida como “La Pintada”. Para satisfacer mi curiosidad, el Lonkó sugirió que el maestro Pepe Chiclana guíe la minúscula expedición. Con Chiclana ya habíamos establecido una firme amistad, y estaba dispuesto a acompañarme el día que acordáramos para remontar de a pie el andino paisaje. Al amanecer del día indicado cargamos las alforjas con alimentos y bebidas y un equipo fotográfico que aumentaba su peso a medida que trepábamos por las laderas de los cerros.

La siguiente narración transcribe el relato de Chiclana en su comfortable casa de



3. Cueva con pinturas rupestres.



4. Detalle de las pinturas.

adobe. Las relaciones laborales, familiares y comunitarias son los “mojones” de nuestro recorrido y revelan un particular sentido de comunidad, de la agrupación Paineofilú.

”A las ocho menos cuarto de la mañana salimos de la escuela Mamá Margarita, en la Pampa del Malleo, rumbo al sol (Fig. 1). Hacia el Este. Cruzamos el mallín quedando a la izquierda la casa del cacique Lorencio Paineofilú (Fig. 2), y a la derecha la casa de Celedonio Calfulen cuñado del mismo. Están emparentados, la señora de Celedonio es hermana de la esposa del cacique.

Seguimos luego por la casa de Evaristo Millapi y, dejándola atrás llegamos a lo de Don Martín Pichiñanco. La mujer de Martín se llama Angela, y tiene alrededor de sesenta años, conversamos con su hijo que nos aporta un dato interesante, ella no habla el español, habla solamente **lengua** aunque entiende perfectamente lo que decimos. Es hermana de Doña Domitila, responsable de mantener intacta la lengua y las tradiciones de la tribu.

De la casa de este último bajamos, siempre rumbo al sol, siempre al Este, al Puelche, como se dice en lengua mapuche. Bajamos unos quinientos metros, aproximadamente en pendiente de cuarenta y cinco grados. Bordeamos el arroyo (Tavilin?) y llegamos a la casa de Juan Cándido, un experto artesano del cuero, hermano de Segundo Cándido. Ambos son conocidos como “Los Plateros”. El padre es recordado por su habilidad para trabajar la plata, así que el nombre Platero les quedó por herencia, aunque ninguno de ellos sabe trabajarla. Nadie cuenta, probablemente porque no lo sepan, de donde traían en aquella oportunidad el metal para cincelar. Hay que tener en cuenta que nos encontramos más cerca de Chile que de Zapala. Chosmalal está a menos camino de Temuco que de Zapala,

así que a los pobladores les resulta más fácil comerciar con Chile.

Se cuenta que antiguamente la gente se llevaba, por trueque, lotes de más de quince mil borregos. Aquí se criaban ovejas con más lana que carne, mientras que en el Norte se criaban lo que aquí llaman Carneros más ricos en carne que en lana. Ahora este comercio está manejado por los Turcos, quienes tienen mayor habilidad para pasar la frontera que los paisanos. Se cuenta que a los paisanos que vienen de Chile los gendarmes les quitan, para luego vender, lo que se conoce como el “poncho de castilla”, prenda muy codiciada que no se produce de este lado de la cordillera. El poncho de castilla es una verdadera herramienta de trabajo para los paisanos, no deja pasar el frío, la lluvia, ni la nieve.

Seguimos nuestro camino. Habíamos pasado por lo de Pichiñanco y dejamos atrás lo de Platero, justamente donde el arroyo (Tatelum?) desagua en el río Aluminé. Desde allí nos dirigimos a la casa de Paineofilú, hermano del cacique, ya entrando a la costa del río Aluminé, donde una de sus orillas marca el límite de la Agrupación. El alambrado que se observa pertenece a la estancia de Flores que termina cerca de Aucapan y limita con la Dirección de bosques de la Provincia y un poco más allá Parques Nacionales. De este lado es conocido como Lolén, del otro lado Mamuil Malal.

Mamuil Malal es un lugar histórico, una de las tantas batallas de los huincas que venían a conquistar el desierto contra los paisanos dueños y señores de las tierras. Se cuenta que los paisanos le dieron una fenomenal paliza a los blancos y quedó como lugar histórico.

Llegamos a la casa de Octavio, hermano del cacique, una persona singular. La prolijidad, el trato con las hijas, son ejemplares. Octavio es de aquellos que, junto con su mu-



jer, recuerdan y saben contar lo que les han contado sus padres de las tradiciones de los antiguos. Nos dice que está trabajando ahora en la reconstrucción de su casa para no pensar en el problema que tiene su hijo.

Aquí los pobladores tienen una interioridad muy profunda. Está determinado en parte por el clima. Los inviernos son muy especiales y generan un particular aislamiento geográfico y social de cada familia. Hay que ver que, entre vecino y vecino, hay fácilmente entre tres y cinco kilómetros uno de otro. Hoy veíamos en un sendero angosto que partía desde lo de Pichiñanco, la huella de una zapatillita que debía de ser número veinticinco. Una chica que seguramente remontaba la difícil trepada. Recordé entonces a Sara Flores, la señora del hijo de Segundo Cándido. La joven, de apenas veintiséis años, que tiene varios hijos muy chicos, se apareció una noche, con los chicos enfermos, a traerme uno de ellos para llevarlo al hospital.

Octavio nos invitó a comer un asadito y yo le dije que no, pues tiene que ir con su señora a Neuquén y debe tener gastos. En otra oportunidad lo haremos, no por el hecho de comer un chivo sino para compartir, como lo hemos hecho hoy, con unos mates.

La hospitalidad, con todas sus variantes, tiene un significado muy profundo aquí, que no se da habitualmente entre los huincas. Si un tipo desconocido te golpea la puerta de tu casa, vos le ponés la travex, el candado y un gancho. Aquí le decís de lejos: “bueeeenas tardes”. Y cuando llegás ya te esperando con el agua caliente. “Pase como le va, ¿anda cansado?”.

Octavio se disculpó por no poder acompañarnos pero nos indicó bien el camino. Su único hijo varón está muy mal, y yo no sé si lo sabe, pero intuye que se está muriendo y aquí el hijo varón es muy importante.

Vos sabés que yo tengo tres hijas y aquí te dicen: “lástima pobreciito, y ¿qué va a hacer? Por ahí al paisano le sirve más el caballo que la mujer, está la herencia no solo de bienes sino para que no se pierda el apellido.

Por ahí nos indicó la huella para llegar a un maitén que se veía lejos, nosotros habíamos caminado hacia el este. El maitén se veía hacia el lado del sur, había que subir, fácil trescientos o cuatrocientos metros muy

empinado, pero lo que nosotros buscábamos estaba más bajo que el maitén y en dirección sur-sureste. Ya llevábamos más de tres horas de marcha con las charlas incluidas, que no significa perder el tiempo. Visitas de esta naturaleza son difíciles de hacer. Más allá de lo de Octavio toda esa zona se conoce como “Futacura”. Futa es grande y cura quiere decir piedra: “piedra grande”. Cuando me tocó hacer el censo me acompañó Hipólito y almorzamos a la sombra de la Futacura. De lejos es imponente, de cerca te perdés, mirás para arriba y no terminás nunca. Es lo único que hay en ese vallecito. Desde allí se llega a casa de otros pobladores que hoy no visitaremos, porque desde la casa de Octavio en vez de seguir rumbo al Este, tomamos al Sureste. Empezamos a subir a lo que llamamos “La pintada”, seguimos la huella y vemos los rastros que indican que se trata de un sendero muy transitado, sin lugar a dudas el pastoreo está en la costa del río Aluminé, usado de veranada por Octavio, y por otro poblador de invernada, seguramente muy reparada de los vientos del oeste, donde hay un microclima que es influencia del río, esta zona se llama “Mallín grande”. El Mallín se da en donde se hace una pequeña olla entre cerros, allí se depositan pequeñas capas de tierra y se entretajan las raíces. En general es muy delicado y no se puede sembrar cualquier cosa porque se corre el riesgo de perderlo. En todo el mallín se produce una capa arcillosa, el agua no se escurre con facilidad y por eso se mantiene. Cuando hay sequía el mallín se amarillea y en cuanto llueve cambia de color y se pone muy verde.

Octavio nos hablaba de un “mallincito”, seguramente se refería a una pequeña franja verde del río. Seguimos la huella que va un poco por abajo del maitén, unos treinta o cuarenta metros por abajo. Allí llegamos a “La pintada” (Figs. 3 y 4).◆